

Historias
que inspiran
a seguir.

@saycheesetolife

Historias que inspiran a seguir.
Giselle Mazzeo

Ebook de distribución gratuita, sin fines de lucro.

A cada uno de los protagonistas de estas historias, por inspirar.

A vos que las estás leyendo, por tus ganas de seguir.

*"La energía del amor es, en potencia, más fuerte que cualquier
bomba y más sutil que cualquier hierba."*
Brian Weiss

"No 'superamos' el duelo. Seguimos adelante con él."
Nora McInerney

El amor no muere.



Soy Giselle Mazzeo, autora de los libros *Sos la vida de mi amor* y *Sin canción no hay historia*. Yo siempre digo que a mí la vida no me dio limones sino que me los revoleó por la cabeza. Perder a mi pareja me hizo sentir morir y, con el tiempo, volver a nacer. Ese sacudón me obligó a salir del automático y me hizo despertar a la vida. A partir de ahí me puse a escribir, a dibujar y a compartir mi limonada con el mundo.

Mi primer libro hizo de puente con muchos lectores que me abrieron a su vez sus historias. Reflejarme en tantas vivencias similares a la mía, me hizo comprender que en el dolor estamos todos conectados, todos somos UNO. Como en el amor.

Con el permiso de sus protagonistas, fui compartiendo en mi cuenta de Instagram @saycheesetolife estas historias que recopilé ahora en este ebook. Historias de pérdida, duelo y señales que son, además, historias de transformación y resiliencia. Historias reales que inspiran a seguir, y contagian fortaleza. Yo siento que al abrirnos, nos decimos mutuamente: *Si yo pude, vos podés. Si vos pudiste, yo puedo.*

En mi podcast "*La vida me dio limones*" podés escuchar algunas de estas historias, buscalo en Spotify y otras apps de podcast.

Si la vida te da limones, no te olvides que la limonada es menos amarga cuando se comparte.

Índice

Todas estas historias están basadas en hechos reales.

La vida me dio limones	16
PD: Te amo	20
La hija extraviada	22
Llamado de cumpleaños	24
Cuando nuestros corazones nos llamen	26
Cada cuatro años	28
Mi manual de duelo	32
Celebrar cada momento	36
La salida es el amor	40
Justamente por eso, reite	44
Un año sin Pablo pero siempre con él	48
Ella dio colores después de la tormenta	52
Los goles nunca se gritan antes de tiempo	54
Con o sin vos	56
Quitame la respiración	62
Tirá para arriba	66

Una botella de Gatorade	68
Construir desde los escombros	70
Dos gorriones	74
Cajita musical	76
Syrius	77
Confiar en el capullo	78
Empapelado	80
Stickeír	82
Jazmin	83
Esperame	84

Mi nombre es Giselle, Gi o She, ella en inglés, como me decía Martín. Martín era mi pareja y nos conocimos en la puerta del colegio de nuestras hijas. Los dos divorciados, su hija y las mías iban al mismo colegio. Él dice que me vio y se enamoró por primera vez en la vida. Que le pidió al universo que lo ayude a conquistarme.

Al tiempo me encuentra en Tinder, hicimos Match y nos pusimos a chatear por Whatsapp. él no podía creer su buena suerte. Por mi parte, yo venía de varias decepciones, la autoestima por el piso y un divorcio a cuestas, tenía una coraza muy difícil de derribar. La primera cita fue un desastre, yo estaba llena de miedos y él super nervioso. Me tiró todo de una: que si el destino, que si nosotros... Pero yo no le creí. Encima, si todo sale mal, me lo tengo que cruzar en el cole, pensé. Bajé la persiana, cerré la puerta y tiré la llave. Me creía tan segura ahí encerrada en mí misma, pero con el tiempo aprendí que si no dejás entrar al amor, sos más frágil de lo que pensás.

Al tiempo lo encuentro en Twitter, por una de esas casualidades que no lo son. El famoso sincrodestino, como lo llama Chopra. Los dos teníamos cuenta, pero ninguno sabía el arroba del otro y de repente lo veo en un retuit. Que él tuitee; que lo retuitee una tuitera que yo seguía; que sea justo cuando yo estoy en Twitter; que él tenga de avatar una foto suya; que yo lo haya visto justo en ese momento... No tenía ni 200 seguidores y no era para nada retuiteado. Las posibilidades de que yo

lo encontrara eran ínfimas. Pensé: "¡Qué casualidad! ¡El papá del cole en Twitter! Voy a stalkarlo sin seguirlo, a ver qué tuitea".

Así fue como empecé a leerlo.

Retrocedí hasta la fecha de nuestra primera cita para ver qué había dicho. Lo leí en silencio durante tres meses. Cada día entraba a ver qué tuiteaba, lo iba conociendo más: qué pensaba, qué hacía, cómo era. Él me enamoró, poco a poco, sin saberse observado. Me enamoró con su humor ácido y con su filosofía. Me enamoró con su sinceridad.

Tuvimos una segunda cita y no nos separamos más. Ni un día. Me enseñó que el amor no tiene porqué doler y que la rutina es hermosa con la persona correcta. Nos enamoramos como adolescentes aunque teníamos más de cuarenta años. Nos la jugamos los dos, presentamos a nuestras hijas y ensamblamos familia. Compramos una casa, nos mudamos juntos. Viajamos, no perdimos un segundo de nuestro tiempo. Todo era proyectos y sueños, pero cuando planificás, la vida se te caga de risa en la cara.

Un 25 de enero Martín fallece de muerte súbita mientras hacíamos ejercicio en una plaza cercana a casa.

El escritor Albert Espinosa dice que todo el mundo tiene dos cumpleaños: el día que nace y el día que despierta a la vida. Y este último mío fue el día que murió Martín. Yo desperté a la vida ese 25 de Enero cuando ví a la muerte

cerca, cuando entendí que nos puede llegar a cualquiera, en cualquier momento. Nadie tiene nada asegurado.

Viví la pérdida, el duelo, el dolor de no entender nada, ni el por qué a mí ni para qué a mí ni nada. No podía dormir. No podía comer. Me dolía hasta respirar. Me puse a leer, porque a mí siempre me salva leer. Y también me puse a escribir, porque era mi manera de hacer limonada con esos limones. Empecé a conocer más acerca del camino que tenemos como almas. Me abrí a las señales que él me mandaba y aprendí que el amor no se termina con la muerte. Lo sé y así lo siento. El cuerpo muere, pero el alma no. Y el amor menos que menos. El amor es eterno y ese vínculo de amor con la persona que no está, queda para siempre. Las libélulas que se me acercan me lo recuerdan. Porque si, como dicen, con las señales es creer o reventar; yo siempre elijo creer.

El día del velatorio de Martín, me acordé de que una vez él me dijo que quería una canción de *David Bowie* para musicalizar su funeral. Entonces, en ese momento en que no podía ni escucharla, se me ocurrió entrar a mi cuenta de Twitter y publicarla. Esa fue mi forma de cumplir con su pedido. La canción es *Absolute Beginners*. Una canción que no es de las más conocidas del duque blanco, pero que tiene una letra preciosa, habla de amor y de cómo todos somos principiantes.

A partir de ahí, en medio de la bronca, la impotencia y el dolor, empecé a tuitear nuestra historia y a compartirla con el mundo, ayudándome de su humor ácido para poder seguir. Mi primer tuit decía: “Al pelotudo lo dejás

solo y va y se muere”. Yo sabía que él hubiera tuiteado algo así, era el humor negro que él tenía. Tuiteaba que me mande el gif de Ricardo Fort saludándolo desde la escalera al cielo, cosas así. La gente me empezó a retuitear, a seguir, a escribirme y darme fuerzas.

También lo retuiteaba a él, porque era una forma de traerlo conmigo. Yo sentía que él me seguía diciendo cosas a través de sus tuits, entrar a Twitter me salvaba de tanto dolor. Twitter era nuestro lugar. Buscaba y leía tuits suyos y era como tenerlo un rato más hablándome. Diciéndome cosas nuevas. Lo retuiteaba y de alguna forma lo sacaba a pasear. Tuiteaba y me aliviaba un poco. Tenía bronca, tristeza, enojo.

Con todo ese amor y dolor por la pérdida, publiqué mi primer libro “*Sos la vida de mi amor*”, contando nuestra historia. El título es un tuit que él me dedicó, un juego de palabras con el “Sos el amor de mi vida”. Con el tiempo entendí que esa frase suya tenía un significado más profundo. Sos la vida de mi amor significa que su amor sigue vivo en mí. Yo soy la vida de ese amor. Soy la que le doy vida a ese amor haciendo cosas, nada más y nada menos que viviendo. No tiene sentido quedarme llorando todo el día si eso no lo va a traer de vuelta.

Así que más me vale hacer algo con mi vida.

Un día Pablo, mi esposo, se puso a ver la película “Pd: Te amo”.

—¿Es de llorar? —le pregunté. Me respondió que sí y decidí no verla.

A los pocos días, un 28 de Septiembre, él perdió la vida en un accidente de tránsito. En ese entonces nuestro hijo tenía sólo un año. Vivíamos en una pequeña ciudad de la Patagonia, y se derrumbó mi vida entera. De un plumazo me quedé sin Pablo, sin casa, sin trabajo, en la nada misma.

Me llené del afecto y del amor de mi familia, mis amigos, conocidos y no tanto, pero yo sentía como si me hubieran arrancado el corazón.

Entonces, empecé a recibir mensajes de él. Libélulas con las cuales yo siempre había tenido una conexión muy especial. Canciones repentinas en la radio, juguetes o el equipo de música que se encendían solos, perfume de flores donde sólo había cemento. Me topaba con fotos, viejas notas, cartas que releía. También se me aparecía en sueños muy nítidos.

Cuando pude juntar fuerzas, decidí ver esa película pendiente. Encontré muchísimas similitudes con mi historia. En la escena final Holly, la protagonista, se va de viaje a Irlanda con su madre. En su abrigo lleva un prendedor de libélula con strass. Lo increíble es que yo tenía uno igual, ¡que me había

comprado muchos años antes!

Pasaron los años y llegó el día en que me dieron el resarcimiento económico por el hecho, pero ya no me alcanzaba ni para comprar un terreno. De alguna manera yo quería cerrar nuestra historia de amor con Pablo. Cerrarla desde la vida. Pero, ¿cómo hacerlo? Entonces supe qué hacer con ese dinero: *Lo voy a hacer igual que Holly. Conocer Irlanda.*

Decidí irme de viaje con mi hijo, que ya tenía 6 años, a los lugares de la película. Siii. 21 días en Irlanda, Escocia y Londres. Yo, que nunca había salido del país. Aún recuerdo la mirada llena de miedos de mis papás: ¿¿Sola?? ¿¿Con el nene?? Y sí...Era el final que se merecía nuestra historia con Pablo.

En migraciones, la empleada me preguntó cuál era el motivo de mi visita y le respondí:

—*Ni turismo ni trabajo. Yo soy como Holly en “PD: Te amo”.*

Ella me miró y a las dos se nos llenaron los ojos de lágrimas. Tomó un pañuelito descartable, selló los dos pasaportes y me dijo:

—*No te demoro más. ¡Ve a disfrutar de Irlanda que te estaba esperando!*

En ese viaje mágico yo sentí que Pablo nos cuidó y estuvo con nosotros. Siempre está. Como en cada momento clave en los que veo una libélula. Como ese día en que rescaté a una que flotaba en la pileta y desde mi mano, repentinamente, salió volando.

Él fue como un segundo papá para mí. Cuando algún conocido se acercaba a nuestra mesa mientras tomábamos nuestro café, él le decía: —*Te presento: ella es mi hija extraviada.*

Hace unas semanas él me preguntó:

—*¿Estás leyendo?*

A mí me dio vergüenza no tener ningún libro entre manos, y le puse mil excusas. Le dije que no podía porque estaba con la cabeza a mil, que el trabajo, que el estrés, que los quilombos cotidianos. Él me miró serio e hizo un sonido con su voz que era muy particular. Sonaba como un “*hummm*”. Era su reto. Era SU sonido.

Roberto murió de repente, tuvo un infarto masivo el viernes pasado. Hoy me gustaría responderle:

—*Sí, estoy leyendo.*

Porque me devoré “*Sos la vida de mi amor*” en unas horas. Me gustaría decirle que estoy llorando, porque entendí que su amor sigue manifestándose de miles de maneras a pesar de la muerte. Decirle que mientras leía, me sentía completamente abrazada por él. Decirle que lamento muchísimo haber dejado pendiente ese café que nos tocaba esta semana.

Justo después de leerlo me acordé de algo inusual. Días antes de irse, él me compartió una canción. Nunca lo hacía, y yo no le había prestado demasiado atención en su momento.

Revisé como loca el Whatsapp y ahí estaba “**Para no olvidar**” de *Los Rodríguez*:

*“... voy a quedarme contigo para siempre
pero puede que te encuentre últimamente,
entre tanto me confundo con la gente.*

(...)

*Para qué contar el tiempo que nos queda,
para qué contar el tiempo que se ha ido,
si vivir es un regalo y un presente.”*

Gracias. Porque me hiciste prestar atención a los detalles, a lo sutil, a lo que está ahí pero que solo cobra sentido cuando estás más presente, más consciente de todo, cuando vivís aquí y ahora. Gracias porque la tristeza se hizo mucho más llevadera.

Roberto debe estar feliz, aprendí su última lección y fue a través de tu libro, que lo encontré cuando buscaba alguna respuesta a su partida.

Nada es casual.

Llamado de cumpleaños

El día de mi cumpleaños teníamos un acuerdo interno con mi amiga Antonia, que era una colgada con las fechas. Cada 11 de abril, si a eso de la tardecita ella no me había aún saludado, la llamaba yo y le decía: *“Hey! hoy es mi cumple, tal vez quieras saludarme”*. Así ella no se sentiría mal por haberse olvidado y a la vez, se fue haciendo una tradición nuestra este llamado de cumpleaños inverso.

Hace exactamente 3 meses que ella ya no está acá, o más bien, está en todas partes. Hoy es mi cumpleaños y le dije: *—Ya que no me mandaste ni una señal todo este tiempo (o yo no las vi), ¿qué tal si me regalás una hoy?*

No quise dejarlo tan amplio porque no soy buena interpretando señales, así que se lo acoté:
—Podés elegir entre 1) libélula o 2) mariposa.

Desde que leí tu libro estoy muy atenta a las señales. Libélulas no veo nunca por acá, pero mariposas hay muchísimas, así que por eso quería darle otra opción por si era difícil para ella mandarme libélulas.

El pedido fue a la mañana y el día de mi cumple transcurrió normal. Señales de Antonia, no veía. Por la tarde nos fuimos a andar en bici con Juani y Emi, y Emilia propuso que vayamos al lago.

El lago es EL lugar más representativo de Antonia acá, con ella íbamos en bici a un muelle a meditar, a hacer

yoga o simplemente a ver el atardecer. Es el mismo lugar que elegimos para soltar el globo de su despedida. Es mi lugar favorito también.

Llegamos al lago y estaba divino, una brisa fresca y necesaria después de la bicicleteada, sol, tortugas y patos. ¡Perfecto!

Me senté en el muelle como cada vez que voy y como ya estaba entrando la tardecita hice el llamado de cada año, esta vez sin teléfono y sin decir ni una sola palabra en voz alta, tan sólo la llamé con mi energía: *“Hey! hoy es mi cumple, tal vez quieras saludarme”*.

Y en eso aparece volando una libélula.

Cuando nuestros corazones nos llamen

A fines del 2007 conocí a mi gran amor, Leo, que me enseñó tanto sobre esa palabra y me mostró mi lado más luminoso. Un año después nos fuimos a vivir juntos, fue un año maravilloso, ¡lo mejor de toda mi vida! Ese mágico momento de inicio de una relación, con planes a futuro y muchos proyectos.

Al tiempo nos compramos un terreno para construir nuestra casa, ya teníamos el plano e íbamos allí los fines de semana a sentarnos a tomar mate en el medio de la nada. Mirábamos el terreno vacío e imaginábamos todo lo que viviríamos en nuestro futuro hogar.

Nos fuimos de vacaciones y al regresar, le detectan un tumor en la cabeza. Fueron los 9 meses más difíciles de mi vida. Cada uno de esos días me quedé al lado de él, cuidándolo. Nos dimos mucho amor. Después de tanta batalla, quiso descansar y se fue un Día de la Primavera, una fecha que a mí antes me gustaba mucho festejar.

Siempre pensé que el destino ya estaba escrito para ambos, y que la vida me ponía a mí en esa situación por alguna razón. Entonces empecé a encontrar vaquitas de San Antonio por todos lados, en lugares que decís: *¡Acá no pueden estar!* Yo sabía que me las mandaba él. Caminaba por la calle y veía grafitis con frases que yo sentía que eran para mí.

En nuestra primera navidad juntos yo le regalé un lindo cuaderno y una lapicera, porque a él le gustaba escribir.

Leo los coleccionaba, tenía otros cuadernos que había escrito a lo largo de su vida con las cosas que le pasaban, aquello que sentía, acerca de su separación, su familia, sus amigos. Cuando se lo dí, él me dijo:

—*Acá nos vamos a dejar notas con las cosas lindas que querramos decirnos.*

Así fue: viviendo juntos, él o yo llegamos a nuestra casa y encontrábamos una notita de amor escrita en ese cuaderno que íbamos llenando entre los dos. Cerrábamos nuestras notas con una frase que yo le había dicho cuando nos conocimos, en nuestra primera cita. A su pregunta: “¿Cuándo nos volvemos a ver?”, yo le respondí: —*Cuando nuestros corazones nos llamen.*

Cuando él enfermó, empezó a escribir en ese cuaderno usándolo como un diario íntimo y yo jamás lo había vuelto a abrir hasta unos días después de ese 21 de Septiembre. Me encontré con un hermoso regalo plasmado en esas hojas; con cansancio, sí; con algunas preguntas hacia la vida, también; pero sobre todo con muchísimo AMOR.

El cuaderno es casi lo único que tengo de él y lo leo de vez en cuando. No me da tristeza, al contrario, me da mucho empuje. Me lleva a ese amor tan grande que tuvimos a pesar del poco tiempo compartido. Sé que nos volveremos a ver un día, cuando nuestros corazones nos llamen.

Estuvimos 4 años de novios. CUATRO. La misma cantidad de años que hay que esperar al año bisiesto. Cada 4 años se le agrega un día al calendario, y a veces pienso que si ese año no hubiera sido bisiesto quizás él estaría todavía acá conmigo. Porque fue en ese día extra, un 29 de Febrero, que él tuvo un accidente terrible en el cual perdió la vida. Diez minutos antes me mandó su último mensaje: *"Quiero verte"*. Desde entonces, cada día, quisiera poder responderle: *"Yo también"*.

Dicen que fue Julio César, el dictador de Roma, quien decidió que se ajustara el calendario al girar de los cielos, y para ello agregó un día después del sexto día de las calendas de marzo (última semana de febrero). De allí vino el nombre bisextus que se le da al año en que toca febrero con 29 días, nombre que, en castellano, derivó en bisiesto. La culpa de todo la tiene Julio César.

A nosotros siempre nos gustó mucho la película "Propuesta de año bisiesto". Incluso dijimos de algún día ir a Irlanda por la película. La peli cuenta la leyenda irlandesa que el 29 de Febrero es el único día en que las mujeres pueden pedirle matrimonio a los hombres. Que él haya fallecido justo ese maldito día agregado, me parece demasiado casualidad para ser casualidad.

Las señales existen, sólo que hay que saber mirar. Por momentos siento que Enzo está, que el amor no distingue

entre la vida y la muerte, ni distingue de tiempos ni lugares. Él tenía un álbum en un pendrive con música de Leo Mattioli. Cada vez que yo me subía a su auto, él decía cantando *"Ay amor"* como Leo Mattioli en sus canciones. Estos días me puse a escucharlas, a prestar atención a cada una de las letras que cantaba él. Descubrí que todas hablan de la muerte. Investigando un poco más, ví que todas son de un disco llamado *"Homenaje al cielo"*.

Siento que cada una de las letras de esas canciones son palabras que él me quiere decir. Como esa canción de Gilda *"No es mi despedida"*, la última que escribió. Siempre nos llamó a los dos la atención de que le haya cambiado el título justo antes de su fatídico accidente. Hoy volví a escucharla. Habla de que no quiere decir adiós, pero que tiene que marcharse. *"No pienses que voy a dejarte, No es mi despedida."*

Enzo creía firmemente en esto de aprovechar el momento, y me retaba porque siempre, yo ansiosa, quería planear lo que íbamos a hacer después. Y él me decía, *"Estoy acá ahora, disfrutemos el ahora"*.

Sé que me toca disfrutar el ahora a mí.

No es mi despedida

Gilda

*Quisiera no decir adiós
Pero debo marcharme
No llores, por favor no llores
Porque vas a matarme*

*No pienses que voy a dejarte
No es mi despedida
Una pausa en nuestra vida
Un silencio entre tú y yo*

*Recuérdame en cada momento
Porque estaré contigo
No pienses que voy a dejarte
Porque estarás conmigo*

*Me llevo tu sonrisa tibia
Tu mirada errante
Desde ahora en adelante
Vivirás dentro de mí*

*Yo por ti volveré
Tú por mí, esperame*

*Te pido, yo por ti volveré
Tú por mí, esperame
No me olvides*

Compositores: Juan Carlos Giménez - Omar Eduardo Bianchi

Mi vida comenzó el 11 de Septiembre de 1985 pero empecé a VIVIR 33 años después.

Mi nombre es Karla, soy de Caracas, donde vivía con mi esposo -mi #caramelo- y mi hija de año y medio, Aranza. Debido a la crisis en Venezuela estábamos buscando nuevas oportunidades y haciendo planes para irnos a Estados Unidos y de allí a Colombia. Conseguimos pasajes para Diciembre y 10 días antes, el martes 20 de Noviembre, salimos a comer porque estábamos sumamente felices. Merecíamos festejarlo. Después de comer, volviendo a casa se presentó una situación, dónde no sé si nos iban a robar o secuestrar, y Harrinson recibe dos disparos protegiéndonos.

6:30 PM. En el momento no lo podía creer, abrazaba fuerte a Aranza, tratando de tajarla con mi cuerpo mientras gritaba ¡¡DIOS MÍO, NO!! Me parecía imposible estar viviendo eso. La imagen más fuerte es recordar bajarme de la camioneta, gritando con Aranza en los brazos y verlo a él tirado en el piso. Aguantó muchísimo, era un hombre súper fuerte. Lo llevamos al hospital más cercano, pero al ser público, no tenían insumos para operarlo. Recuerdo maldecir y gritarle a Dios que por qué me hacía eso. Yo nunca maldecía, #caramelo odiaba esa palabra.

Entré a verlo y me dijo —*Te Amo*.

Lo trasladamos a una clínica privada y entró a

quirófano 2 horas después de recibir los disparos. No le dije que lo amaba, me negaba a despedirme. Lo último que le dije fue: —*Aguanta*. Él me respondió con sus últimas palabras: —*No puedo*.

De allí en adelante sólo tengo escenas borrosas. Ya no era YO. No sabía quién era. Se me había venido el mundo abajo. Me apoyé en la gente querida y me mantuve activa, en modo supervivencia. Tenía que seguir, aún en shock y asustada. Las llamadas y mensajes no paraban, pero yo no quería hablar con nadie, solo llorar. Las lágrimas eran gruesas y los silencios, profundos. Lo más difícil era dormir y despertarme viendo que no había sido una pesadilla.

Una madrugada de insomnio en la que necesitaba sacar el dolor que me estaba ahogando, escribí un post "*Yo pensaba que este País me había quitado mucho pero no sabía cuánto*". Fue el primero de #MiManualDelDuelo. De allí en adelante ESCRIBIR se volvió mi terapia. Pasaba los días en automático para sobrevivir pero al escribir podía conectar conmigo misma.

Salir de Venezuela sola con Aranza, fue de las cosas más difíciles que hice. Tenía muchísima IRA, me parecía muy injusto que siendo una buena persona, estuviera pasando por eso. Entonces recibí una de las señales más potentes. En el aeropuerto, después de una experiencia desagradable con Inmigración, con muchas horas de espera para regresar con Aranza, llorando pensé "*Dios porque me abandonaste?*".

En ese momento ví un puesto de *Cinnamon Roll*. Me acerqué a comprar, y limpiándome la cara le dije a la señora: —*Me da un roll original y un chocolate caliente para llevar*. Ella me respondió: —*No sé cual es tu situación pero recuerda que Dios nunca te abandona*.

Llegué a México siendo otra, me fui dejando guiar por las señales y por lo que sentía. Abrí mi cuenta de Instagram porque quería compartirlo con más gente. Si después de lo VIVIDO yo pude cambiar, otros también pueden. Empecé a ver la Magia y la Sincronía. Casi llegando al año, abracé mi dolor y sentí que solté un peso. Pude al fin mudarme a un hogar sola con mi hija.

Este tiempo aprendí que somos mucho más que esta experiencia humana. Que nuestras almas hacen acuerdos, que con #caramelo nos volveremos a ver y a amar. Sé que el Amor es la energía más poderosa, que nada es casualidad, que el único momento que existe es el AHORA. Estoy aprendiendo a VIVIR y AMARME y me emociona compartirlo. He logrado sentirme de nuevo feliz y VIVA. Me he dedicado mucho más a saber, escribir, leer y compartir sobre Espiritualidad y me he ido transformando y acercándome a la esencia de mi Ser. Yo transformé mi tragedia en una oportunidad, donde el mayor aprendizaje ha sido encontrarME conmigo. ConocerME y a través de eso mostrarle a otros cómo lo estoy haciendo.

Brillando les muestro a otros que SI es POSIBLE volver a Brillar.



Fines del 2017 y lo único que queríamos era que sea Enero para irnos de vacaciones con nuestros amigos a Brasil. Después de 8 años vacacionando en Mar del Tuyu, habíamos decidido celebrar con ese viaje la adopción de sus dos soles. La felicidad que sentíamos por el sueño cumplido de nuestros amigos, era nuestra también. Todos buscábamos ser papás y alguien del grupo lo había logrado.

Como me dedico a organizar eventos y fiestas, fin de año es una época de muchísimo trabajo, entre las fiestas empresariales y sociales. El último evento que tuvimos juntos fue una boda en una quinta hermosa. Vos te encargaste de hacer el asado con Emi y de atender en forma personalizada a los novios. Salió todo tan fluído y alegre que nada hacía imaginar que unos días después la vida cambiaría por completo.

Yo venía con un tema de presión y me había ido a colocar un holter cuando mi mamá me llamó para decirme que no te sentías bien. Llegué a casa con ese aparato en el brazo y me pediste que te lleve a la clínica. Al día siguiente te operaron de apendicitis y volviste a casa. Con el tiempo entendí que esos días te permitieron despedirte del hogar que habíamos construido juntos y de nuestra hermosa Beagle Carmelita.

Era domingo y parecía que todo volvía a su sitio, pero no.

Empezaste con dolores y sin dudarlo te volví a llevar. Lo que siguió fueron estudios, tomografías, médicos, enfermeros, visitas.

En la clínica te leía la Biblia, te cantaba, mirábamos tele, dormíamos mucho. Nunca una pelea y puro amor. Era irónico verte a vos todo gigante pero era yo, la más pequeñita, quien sacaba fuerzas para levantarte. ¡Hablábamos tanto! Yo te decía que esos días tuvimos más comunicación que los 11 años que compartimos. Volvías a entrar a quirófano y ya te ví cansado.

—*¿Sabés que te amo con toda mi alma?*, te dije. Me miraste y sonreíste. Nunca más volvimos a hablarnos o a mirarnos, solo a través del corazón.

Esos días todos me veían firme y confiada. No era una postura, era fe. No tenía miedo. Pero en la terapia intensiva ese monitor con la fiebre clavada que no bajaba y tantos días de espera, hicieron que algo se active dentro mío. Estallé en llanto. Otra vez te iban a llevar al quirófano para limpiar la infección. Vino el pastor, te ungió con aceite. Tu mamá no paraba de rezar.

Te llevaron y cuando lo vimos salir al cirujano, entendimos todo. Yo caí al piso rezando y no podía entrar a ese cuarto. Me negaba. Cuando por fin entré, empecé a juntar las cosas como si nos fuéramos a casa los dos.

Elijo pensar que ahora estás con el mejor papá del mundo, ese que te abraza fuerte y que estás con tus colores de San Lorenzo, corriendo por alguna nube.

Lo que siguió después no fue fácil. Aún hoy no lo es. El vacío, el mudarme, el sacar tus cosas y el volver a sonreír.

A los pocos días tenía la primer boda del año en el mismo lugar donde habíamos trabajado antes de esta pesadilla. Imaginate, ¡celebrar el amor cuando mi amor se había ido! Mi trabajo consiste en hacer que cada celebración sea única y era muy complicado ver como bailaban, como reían y como apostaban a un futuro cuando a mí se me había destruido. Pero tuve mucha ayuda, puse lo mejor de mí y el evento salió perfecto.

Fuimos a Brasil como estaba planeado y te tuvimos presente todos los días en los que no paró de llover. El cielo también estaba triste. ¡Cuánto amor recibí de nuestros amigos y de esos dos nenes a los que la vida también les había cambiado!

Dios, los amigos de fierro, mi mamá acariciando mi pelo para que me duerma, mi familia, todos me ayudaron. La fuerza de algún lado vuelve, para que siga caminando y viviendo.

Hoy me permito celebrar cada momento porque haber tenido un gran amor, es un privilegio. No todos lo tienen y lo peor es que no todos se lo permiten.



Antes de salir del hotel le mandé una foto de como me había vestido, y me escribió "*Bella, bellísima*" y la abreviatura de "*I love you so much*". Era mi primera exposición en Los Angeles, con una galería inglesa en la que había puesto muchísima ilusión. Le mande otro mensaje avisándole que ya estaba en el taxi rumbo a la galería, y otro más cuando llegué, al que contestó con un "*Por fin*", porque se había preocupado que tardara 15 minutos más del tiempo que yo había calculado. Por mi trabajo viajaba bastante sola, pero estábamos continuamente conectados y siempre compartíamos todo a través de Whatsapp, como si viajáramos juntos. "*Qué tal el ambiente?*" me preguntó. Le contesté y no le dí importancia a que no me mandara otro mensaje. Supuse que estaría entretenido mirando alguna peli en casa con Malena, su hija menor.

40 minutos después yo estaba tocando el cielo con las manos porque me invitaban a exponer unos meses después en Londres, con una artista iraní. Era sin dudas el mejor momento de mi carrera, un sueño hecho realidad. Entonces, sonó mi celular con una llamada de mi hija Manuela:

—Mami, mami, ¿Juan está anticoagulado?

—Qué?

—Mami, por favor!! Está anticoagulado, ¿sí o no?

—No, no Manu, no está anticoagulado, ¿qué pasa?

—Entraron a robar a tu casa, y no le pueden parar la hemorragia.

Inmediatamente imaginé un culatazo en la cabeza, pensé: *Pobre, el susto que debe tener. Dios, ¡que no le haga mal al corazón!*

Una mujer que estaba en la exposición se ofreció a llamar a un Uber y me acompañó al hotel. Manuela se había encargado de avisar y en 15 minutos estaría llegando un auto para llevarme lo antes posible al aeropuerto. Metí algunas cosas en la valija como pude y bajé con las piernas temblando. Hacía 13 años que vivíamos juntos con Juan. Era un amor poderoso, de esos que te rescatan de tus horas oscuras y te hacen sentir protegida y amada. No solo era mi amor, también era mi mejor amigo. Tres años antes lo habían operado de urgencia a corazón abierto. Siempre admiré mucho su fuerza para enfrentar la vida, pero después de esa operación había quedado muy sensible. Yo lo único que quería era estar con él para abrazarlo, y decirle que no se preocupara, que le iba a hacer mal al corazón.

El viaje al aeropuerto se hizo eterno, pero finalmente llegué y fui directo al mostrador de American. Yo lloraba tanto que Manu me dijo que le pasara con el señor de la aerolínea. Le pasé mi celular y, sin que Manuela se diera cuenta, él puso el altavoz, y escuché a mi hija decirle: —*Please please, my mom's husband is dead.*

Lo de las películas de que el mundo de repente empieza a dar vueltas es cierto. En ese momento lo único que había era un silencio ensordecedor. Las palabras de Manuela "*is dead*" retumbaban en mi cabeza y mis rodillas

decidieron no sostenerme más. Caí al suelo llorando desconsoladamente mientras alguien desde atrás me abrazaba, me acariciaba el pelo y me decía "Shhh... Shhh...". Era una mujer de mi edad, un ángel que apareció en ese momento y que no se separó de mí, en todo el viaje desde Los Angeles a Miami. Pidió que le dieran un asiento al lado mío y las 4 horas del viaje, entre llanto y llanto, hablamos de nuestros amores, de nuestros hijos. No paró en ningún momento de acariciarme las manos, de hablarme con una dulzura infinita y sonreirme cada vez que yo le contaba alguna anécdota de Juan. Cuando llegamos a Miami me acompañó a buscar las valijas y le dio dinero a un señor que ayudaba ahí, para que me llevara lo más rápido posible a la otra terminal, desde donde yo iba a intentar tomar el siguiente vuelo a Buenos Aires. Cuando llegué, ya habían cerrado las puertas del avión y pese a la situación, no me dejaron subir, así que de nuevo tuve que correr, esta vez a Copa Airlines que tenía un vuelo a Panamá desde donde podría tomar otro a Buenos Aires. El viaje desde Miami a Panamá y desde allí hasta Buenos Aires fue una real pesadilla que parecía que no terminaba nunca.

En Ezeiza me estaba esperando Manuela, y su abrazo fué uno de los momentos de mi vida en los que sentí que alguien intentaba curarme. de una sola vez y para siempre, todo lo que estaba roto.

A partir de ahí, fue desolación y lucha por tratar de aceptar el horror.

Un año después, en un día inusualmente gris para

Diciembre, había empezado a llorar apenas entré manejando a la ruta, y lo seguí haciendo en forma ininterrumpida durante los 40min. de mi camino de regreso a casa. Ya en el garage, con el auto todavía en marcha, llorando a moco tendido y con el elefante que llevaba sentado en mi pecho desde hacía un año, más pesado que nunca. Me dolía la garganta como si tuviera anginas. Me acordé que la palabra "angustia" viene del latin "*angustus*" (angosto) y que cuando estamos angustiados se nos estrecha todo, incluida la garganta. Y ahí estaba yo con 12 meses de viudez repentina, dolorida en cuerpo y alma desde cada primer segundo de mis días cuando me daba cuenta que no había sido una pesadilla, que sí, que a Juan le habían pegado un tiro en el pecho cuando entraron a robar a casa.

Esos 12 meses habían sido como una montaña rusa en la que las bajadas y subidas no incluían nunca la felicidad, y habían estado llenos de frases, dichas por mis amigos, pero también por mi misma frente al espejo: "*Tenés que ser fuerte*", "*Vos sos fuerte*", "*Tenés que darle el ejemplo a tus hijos*", "*El tiempo todo lo cura*", etc. En ese momento en mi garage, reuní todas las fuerzas de las que era capaz y le expliqué al Universo, a Juan, a papá, a todos mis muertos, que ya no daba más con tanto dolor. Pido gancho, "paren el mundo, me quiero bajar". Yo quiero vivir, pero no así. Yo quiero volver a sentir amor, quiero amar y ser amada. No me quiero morir con este dolor en cada fibra, en cada pensamiento.

Entonces sentí en lo más profundo de mi corazón que la única salida a tanto dolor sería a través del amor.

Aún sigo llorando mientras te escribo este mail tapada hasta la nariz desde la casa de mi hermano. Hace unos meses encontré tu libro en el catálogo de la librería Sudestada, cuando leí de qué se trataba me dio miedo comprarlo. Sabía que me iba a mover algo. En ese momento me encontraba de viaje y pensé: bueno, cuando vuelvo me lo compro.

Llegué hace una semana al país, y al segundo día me lo compré, entre otros libros más. Empecé leyendo otro, y dejé el tuyo al final de la pila apoyada en el suelo. Hace tres horas salí de bañarme y lo agarré. No sé por qué. Aún no terminé el que estoy leyendo. Lo acabo de terminar y durante toda la lectura lloré, me reí, putié, y volví a llorar. En ciertos momentos te putié a vos. O a él.

Hace 15 días se cumplieron tres años de la muerte de Ale, mi compañero. La vida de mi amor. Murió porque el boludo dejó el horno prendido, y yo lo encontré a las 5 hs. Le hice respiración boca a boca, creyendo que podría salvarlo. 31 años tenía. En febrero, yo cumplí mis 31, y me parece tan raro ahora ser más grande que él. Lo extraño tanto, y duele tanto.

Me siento tan identificada con vos que solo te escribo para decirte gracias. Me trajiste luz.

Yo seguí adelante. Al principio pensaba que era imposible, que nunca jamás iba a poder siquiera reír, sin luego llorar. Y sin embargo, sigo cumpliendo sueños. Incluso el

viaje, era un sueño compartido que teníamos planeado, recorrer con una obrita de títeres y cuentacuentos.

Y me fui. Sola.

Con miedos, con ese miedo de olvidar el sonido de su voz, de su olor, de qué tan caliente le gustaba el agua para el mate o cuánta coca le ponía al fernet, o del calor de su abrazo en estos días de invierno. Y aunque a veces, le sigo pidiendo que me abrace a la noche, ya entendí que es parte del proceso, que es necesario, y que él es luz.

Me da miedo volver a abrirme a otro. Y sin embargo, vengo con esas ganas de abrirme a alguien, de conocer a alguien. Pero ¡qué miedo!, ¿cómo se cuenta este kilombo que llevamos dentro?

Por seis meses no escuché música, nada. No podía. Una noche fui a cenar a la casa de su mamá y al terminar acompañé a su abuela a la casa. Me quedaban unas 15 cuadras para llegar a la mía, noche linda y me dieron ganas de escuchar. En el bardo de mi mochila apareció un auricular ¿cómo llegó ahí?. No tenía nada descargado y puse *la mega*. En el momento en que conecto lo auriculares suena: "*ya no hay más que hacer, sos tu propia ayuda. Ahora anda y viví, yo siempre amé tu locura.*"

Entre tantas terapias y cosas que hice, me encontré charlando con una médica naturista a la que le preguntaba:

—¿Cómo soy capaz de reírme a veces si todo se puede ir a la mierda en cualquier momento y queda todo reducido a la nada?

—Justamente por eso, reíte; total, todo se puede ir a la mierda en cualquier momento.

Al cabo de un tiempo lo entendí. Y ahora me estallo de risa.

No sé bien porque te escribo, no espero nada. Quizás porque conocí tu historia, y te siento cercana. Y quería compartirte un poco de la mía.

Gracias, infinitamente gracias.

Tu libro fue un abrazo de amiga, esos que sorprenden. Esos que nos dan cuando saben que más lo necesitamos.



Tengo tu libro y es un tesoro para mi, cité algunas páginas en varias oportunidades, una de ellas fue cuando dejamos las cenizas de Pablo en el mar, en el lugar que él eligió. Son tantas las cosas que uno siente en este proceso, recuerdos y señales. Se cumplió un año desde que Pablo falleció, me puse a escribir un poco y quise compartirlo contigo, pues he visto que subes algunas historias... Acá va: (Un abrazo grande desde Chile)

29/07/2019, 18:22 el día y la hora en que se apagaron tus ojos, y con ellos una parte de mi. Cinco años antes, la primavera de 2014 varias casualidades que parecen de cuento romántico, nos reunieron como si estuviera escrito y así empezó nuestra historia de amor.

Ahora busco y releo los mensajes de esa época, uno que se repetía era *"quiero que seas siempre feliz y que sepas que estaré siempre acompañándote"...* y yo pensaba que lindo era que tuvieras esa fe en que lo nuestro era para siempre, cuando recién llevábamos tan poquito, pero pues ahora esas palabras tienen tanto, tanto sentido.

Te la jugaste desde el inicio por nosotros. Ambos creímos en lo nuestro y no pusimos freno alguno, pronto ya vivíamos juntos, formamos un hogar y un par de años después esperábamos a nuestro hijo; Gabriel.

La noticia de tu enfermedad, luego de exámenes y días en la clínica por malestares y dolores tuyos, llegó en abril de 2018, cuando nuestro Gabriel había cumplido

hace muy poquito su primer añito.

"Leucemia" dijo el doctor, de inmediato te miré asustada por tu reacción, pero estabas tranquilo, más que yo. Sacaste la valentía más grande que he visto, aprendí tanto de ti, de tu fortaleza, de tus ganas de vivir. Me dijiste desde el inicio que lucharías, por tus hijos, por mi, porque querías que estuviéramos juntos hasta viejitos y así lo hiciste, siempre luchaste.... Y comenzamos con todo ese duro proceso, juntos, siempre juntos.

El 2019 partió bien, con tu trasplante de médula que fue un nuevo comienzo, una nueva oportunidad, o al menos eso pensábamos, pero el destino quiso otra cosa, un rechazo te tuvo de extrema gravedad por muchos días, largos y dolorosos días, hasta que el 29 de julio partiste, a descansar, sin nunca dejar de luchar, tus cercanos pudimos entender que lo mejor era que de una vez descansaras.

Días antes, estando ya grave pero consciente de todo me dijiste *"Amor, yo estoy luchando, pero si algo pasa quiero que sepas que yo siempre te amaré"* ... pienso en ese día y lloro, pues en mi negación de que eso sucediera yo cambié el tema, te dije *"Amor, eso no va a pasar, estaremos juntos hasta viejitos"* y volví a ayudarte a comer, cucharadita tras cucharadita, como un bebé... pues ya no tenías fuerzas, pero seguías dándolo todo.

Luego agravaste, te sedaron por completo, se supone no escuchabas pero yo estoy segura que sí, que siempre lo hiciste, te hice promesas, te aseguré que estaríamos

bien... te solté, te dejé partir, con mi corazón hecho pedazos, pero tu merecías descansar en paz, merecías saber de mi boca que yo estaba en paz con eso, que estaríamos bien a pesar de todo.

Esos días, en los cuales pasaba horas acariciando tu pelo, tomando tus manos, hablándote, poniéndote audios de nuestro hijo cantando.. pasé de suplicarte que no dejaras de luchar a pedirte que hicieras lo que tu corazón pidiera, que si querías quedarte yo te acompañaría la vida entera, pero si decidías irte también te apañaría, jamás te lo recriminaría *“tú me conoces, te apaño en todo, hasta el final y hasta siempre ”* te dije.

La mañana del 29 de julio de 2019, nos reunimos tu familia y yo con los doctores, nos tenían malas noticias, ya venían hace días adelantándonos el desenlace, pero ese lunes nos dijeron que era cosa de horas y ahí estuvimos a tu lado, hasta el final, de tu mano, con música, tu música preferida, hasta tu último respiro, a las 18:22...

Ha pasado un año, un año extraño por decirlo de alguna forma, hubo un estallido social en el país, una pandemia en el mundo, y lo más raro de todo... la vida siguió, sin tu presencia física pero contigo siempre.

No es fácil, pero he madurado tu pérdida, he vivido este duelo día a día y he pasado por muchas etapas.

Ahora creo firmemente que no podía ser de otra forma, que el destino me puso en tu camino para acompañarte

en esa difícil etapa, que juntos nos dimos la fuerza que necesitamos en cada momento difícil de la enfermedad, que eras un valiente que me enseñó mucho, pero que también soy muy fuerte y eso te ayudó a ti a afrontarlo de la admirable forma que lo hiciste. Agradezco la vida poder darme la posibilidad de ser tu compañera y haber tomado tu mano hasta el último de tus respiros.

Me quedo con tus palabras *“quiero que seas siempre feliz y que sepas que estaré siempre acompañándote”* ... Te lo prometo mi amor, seré feliz, ya lo soy... me levanto pensando en serlo día a día; se que estás conmigo, por eso mis pasos son más seguros, creo firmemente que me acompañas y me ayudas a tomar esas decisiones del diario vivir, de la maternidad y de la vida que te hubiese compartido y preguntado. Confío en el sabio destino, pues alguna vez te puso en mi camino, y volvería a vivir cada minuto a tu lado.

Te amo y te amaré siempre, pase lo que pase, transformaste mi vida y tengo tu mirada en nuestro hijo, que a pesar de su cortita edad, te tiene tan pero tan presente en su vida y cada día se parece más a ti.

Seré siempre tu negrita...

Ella dio colores después de la tormenta

Hija de padre estrellita de rock. Redondito de Ricota. Madre groupie, hermosa e inexperta. A mis cortos tres, él se fue con su título de progenitor, su valija y su música a otras tierras.

Fui una adolescente de lengua filosa, intrépida y potente, de espíritu libre, viajera y gozadora de experiencias, y así me fui metiendo en el mundo adulto.

En una eterna búsqueda de pertenencia, me casé con mi amigo de toda la vida, Paul. Me enamoró con su amor por la cocina, me atrapó con tantos abrazos sostenidos. Juntos recorrimos, viajamos, soñamos despiertos, fuimos un gran equipo. Nació nuestro primer hijo, luego llegó el segundo y así nos constituimos como familia tipo.

Pisando mis treintilargos, me cuestioné completa. Tras un genuino y profundo trabajo, pude empezar a conectar conmigo. Una nueva búsqueda espiritual me convocó. Estudié, me transformé, me expandí. Esta vez, usando mi potencia y mis recursos con un fin completamente amoroso para mí misma. Revolucioné mi vida y a mi familia. Lo que antes era cómodo estalló en mil pedazos. Y entonces comenzamos a reinventarnos.

Pocos años después, una nueva maestra llegó a nuestras vidas, nuestra tercera hija. Un sol. Una maternidad de esas que desarman estructuras, de esas que vuelan los pelos y nos hacen volver al primer casillero. Mis

experiencias me trascendían, seguí estudiando, tocaba mi sombra y otras sombras. Me hice terapeuta y con muchísima satisfacción y sentido, comencé a acompañar otros despertares.

Así fue como la vida y el destino me fueron preparando sin saberlo. Paul se enfermó, tuvo cáncer. Se murió en 4 meses. Los más vertiginosos de nuestras vidas. La más fuerte tempestad. Un misterio de la vida, como digo yo. Comprendí una vez más el gran sentido de mi transformación: acompañarlo a él en su proceso de transición, con todo mi amor y toda mi entrega.

Así nació @soymujerarcoiris, empecé a escribir con el corazón en la mano, para mí y para todos, salpicando mis escritos con emociones de todos colores, reinventándome. Transformando el dolor, expandiéndolo en modo amor.

Los goles nunca se gritan antes de tiempo

Cuando mi hermana falleció, lo primero que pensé fue que mi vida no tenía más sentido. Todos en algún momento de pérdida creemos irnos con ellos, creemos que nada tiene sentido y que los días son sólo tristes y oscuros.

También pensé que el tiempo me iba ayudar un montón y que me iba a curar. ¡Mentira! El tiempo lo único que hace es enseñarnos a vivir sin esa persona, vivir el dolor todos los días, hasta que un día ese dolor duele menos, y ese dolor de a poco se va.

Yo creía que me había ido con ella, pero después de 4 años que ya no está, me di cuenta que estoy acá con los pies en la tierra gracias a ella.

Creo en las señales, y creo mucho más desde que leí la historia de Gi ♡ que de alguna manera u otra me enseñó a darle importancia a todas esas señales que me daba mi hermana.

Hay gente que les toca ver señales de diferentes maneras, en la música, en libros, en animales, están los días especiales donde parece que más están esas señales para que nos demos cuenta de que ahí están. Siempre están. A mi me tocó ver las señales de mi hermana con el fútbol, y sí, las mujeres amamos y miramos el fútbol también.

Incluso en algún aniversario me tocó ver un partido y

ver ganar a su equipo.

Mi hermana era apasionada, amaba el fútbol, fanática hincha de River.

La primera vez que miré un partido con ella fue en un mundial y me dijo:

—Si te vas a sentar acá al lado mío en el sillón, te quedas sentada y no preguntas nada. Después yo te explico. Ah! Y los goles nunca se gritan antes de tiempo.

Yo la miré y asentí.

Así fue como empezó todo, mi mejor maestra de la vida me hizo apasionada del fútbol. En los almuerzos o cenas se abría el debate y la hermana mayor le enseñaba a sus pichones.

Desde que ella no está, me siento a ver y disfrutar de los partidos como lo hacía con ella. Yo no soy de River, pero lo disfruto, me emociona y juro que la siento aca al lado mío cada vez que juega su equipo. Pienso en ella y sé que estaría feliz viéndome, me transmite esa alegría. Vuelvo a imaginarla, a revivir ese recuerdo cantando sus canciones y agitando sus brazos y la abrazaría una y mil veces más.

Sé que ella me envía miles de señales pero esta, como la pasión por la pelota, me queda para siempre.

Nos conocimos en el club; él tenía 19 y yo 18. Vos escribiste "Toda gran historia empieza con una casualidad". Y sí. Ese día no había agua en casa por un corte y me fui a bañar al club. Yo estaba haciendo un poco de tiempo en el buffet estudiando y se me sentó a la mesa. Me dijo un montón de pavadas (lindas todas, entradoras), me siguió por el club y sacó mi dirección. Dos días después pasó por mi casa (yo no estaba) y mi hermano de entonces 14 años me dijo que había pasado un tal Osvaldo. Yo no lo podía creer y al día siguiente volví al club con la intención de encontrarlo. Y lo encontré. Sólo nos separó la muerte, 31 años, 5 meses y 29 días después de ese día.

Fuimos novios durante 6 años y medio; trabajábamos los dos, yo también estudiaba y nos hicimos de abajo para tener un lugar donde ser muy felices. Fue mi primer novio, mi primer hombre y probablemente el último. No lo se aún. Conocí con él el cielo pero también el infierno. Venía de una familia muy distinta a la mía, muy unida pero muy poco afectuosa y mucho menos demostrativa. Y esa carencia, con los años, lo volvió loco.

Compramos nuestro primer PH en Castelar, ínfimo pero nuestro. Ahí nació nuestra hija mayor, Iara. Después compramos otro PH, un poquito más grande en Haedo. Lo arreglamos y ahí nació Alejo, nuestro hijo menor. Perdimos tres embarazos (yo digo siempre que mis embarazos pares fueron los exitosos ya que perdimos el 1, el 3 y el 5) pero siempre salimos adelante. Nos gustaban cosas muy diferentes. Mientras yo amaba a

Los Beatles, a él le parecían deprimentes; él amaba el aire libre y el camping, yo el ruido de la ciudad y un hotel para dormir. A él le gustaba el folklore, ZZ Top y Catupecu Machu. Yo era fan de INXS, U2 y Duran Duran. Yo había dejado la natación porque estudiaba y trabajaba, él seguía jugando al voley. Él quería viajar y ver paisajes, a mí me gustaban las grandes capitales del mundo. Es la única persona del mundo que conoció EEUU y Europa a regañadientes.

Con el tiempo nos acostumbramos a esas diferencias pero también el tiempo las profundizó. Nuestra historia es demasiado larga para que no existieran momentos feos. Y los hubieron. Y yo no pude alejar sus propios fantasmas; no sé si no supe o no pude. Lo que sí sé es que lo intenté hasta el final.

Vos contás que tuiteaban todo el tiempo; yo soy fan de Twitter y mi marido lo detestaba. Como detestaba la tecnología. Ni cuenta de Facebook tenía, odiaba las redes. Pero tampoco le gustaba la comunicación, todo debía ser sobreentendido. Y eso, hacía que me sintiera más sola. Me di cuenta con el tiempo que mi progreso era una molestia para él, y lentamente él me fue tirando sus mochilas. Yo tomé cada una de ellas pero al final le decía que no me pusiera más a prueba. Que yo podía, pero simplemente no quería. Yo lo necesitaba a él como necesitaba el aire para respirar. Y en lugar de sentirse amado, se sintió inútil, como si el amor se midiera en lo que podía hacer cuando en realidad se mide por lo que te hace sentir.

En febrero de 2018 había cumplido 50 años y no sé por qué le dijo a mi mamá que él ya no pensaba trabajar más. Mi mamá lo miró raro, pero no le preguntó nada. Nosotros habíamos comprado la casa donde pensábamos terminar nuestra vida en Octubre de 2017. La empezamos a hacer desde cero en Noviembre de ese año. Fue el principio del fin. Yo advertí que no estaba trabajando más con su socio; le dije por qué no me lo había contado y fue evasivo; yo le dije que la casa nueva era el proyecto, que se dedicara a eso (yo trabajo bien y no hacía falta el dinero en casa) que yo mantenía el resto. Durante unos meses funcionó, pero él se estaba volviendo loco. Le pedí que buscara ayuda, me ofrecí para llevarlo, pero fue peor.

Me enfermé. Terminé tomando betabloqueantes y mi corazón corría maratones todos los días. Pensé que la que se iba a morir era yo.

El día anterior a su muerte (no puedo creer decirlo porque me parece verlo parado en el patio de casa y recordar cada uno de sus gestos como si fuera ahora mismo) le dije que no me buscara para pelear, que lo que él veía en mí era la imagen de la derrota. Que hiciera lo que quisiera pero que viera que nosotros tres éramos los únicos que no le habíamos soltado la mano nunca. Se dijo mucho más, pero en esencia era eso. Lo vi cambiar la cara, dulcificar el gesto y nos fuimos a dormir.

Si bien hacía varias noches que no dormía bien, esa noche durmió de corrido. Me despedí a la mañana siguiente para irme a trabajar y él salió para la obra de la casa que estábamos construyendo. A la tarde, salí una hora antes del trabajo y fui a visitar a una amiga

al Británico porque la habían operado. Estando ahí me llama mi hijo y me dice que se iba en Uber a handball porque el papá no había llegado y no le contestaba el celular. No me preocupé porque era habitual que no contestara el celular.

Lo llamo yo y tampoco me contesta. Dos minutos después suena mi celular y veo que es él. Contesto preguntándole donde estaba y una voz: —¿Quién habla? le contesto:— ¿Quién es ud? y me dice —¿Qué es usted del dueño del teléfono? —La esposa. le contesto mientras pienso que es un ladrón, un secuestrador o alguien que simplemente encontró el teléfono, me dice: —Mire Sra. soy médico del SAME, su esposo está...fallecido.

Yo le dije que me estaba mintiendo, que no era posible que si estaba en la calle seguro había policía ahí y pedí que me pase con uno de ellos. Me atiende uno, me dice que era cierto, pregunto donde está y me contesta con el nombre de la esquina de la que hoy es mi casa. Mi marido, saliendo de la obra, se arrodilló a buscar algo dentro de su camioneta y lo mató un infarto.

Así, de la nada.

El día que murió, a la hora exacta en que sucedió, yo estaba aún en mi oficina hablando con un compañero de trabajo. Recuerdo tener mis anteojos colgando del escote y en un momento salieron volando. Sin que yo me moviera ni que nadie se me hubiera acercado. Recuerdo la cara de mi compañero que dijo en broma: —Hay fantasmas. Los anteojos salieron volando y la patilla me quedó enganchada en la blusa. Fue como si me hubiera

agarrado, como si hubiera intentado quedarse acá.

Mientras me enteraba, mi amiga recién operada escuchaba mi conversación, y llamó a mi gente. A mis compañeros de trabajo, a medio mundo. En 10 minutos, yo estaba en un auto camino a mi casa. Cuando llego, la familia que yo había logrado contactar estaba ahí. Pero se lo habían llevado. Yo no lo ví más. Ni en el velatorio que hubo que hacerlo con el cajón cerrado porque el paso por la morgue fue peor que la muerte misma.

Cuando leí que tu marido no había podido disfrutar la casa que arreglaron juntos, pienso que a mí me pasa lo mismo todos los días. La obra estaba al 50% y cuando hablé con mis hijos sobre que hacer, ellos me pidieron que la termine. Que era nuestro plan. Y así lo hice. Pero no hay día que no piense en que el debió estar acá para disfrutarlo.

Me quedé con lo mejor de él. Con nuestro amor, con nuestros hijos, con una historia muy fuerte. Lo extraño todo el tiempo. Es un limbo interminable. No hay un segundo que mi cabeza no piense en él. Mi corazón quedó eternamente incompleto.

Si tuviera que compartir la frase que pondría en la chapita, elegiría una parte de una canción de U2 *"I can't live with or without you"*.

Gracias por tu libro, gracias por compartir el amor. No tengas dudas que se multiplica.



Quitame la respiración

Hola She, sé que no fue casual que justo hoy 24/11 haya leído en instagram tu posteo sobre las historias que inspiran. Un día como hoy, 24/11 pero en 2018 decía "sí quiero" en el altar y sellaba mi historia de amor con Matias.

Hacía 7 años que éramos novios y 6 que convivíamos. Yo no soñaba con casarme, no tenía esa fantasía ya que no había visto buenos ejemplos ni lindos matrimonios en mi entorno familiar. Así que me conformaba con ser feliz en pareja y lo era. Pero cuando el día de mi cumpleaños número 36 en el 2017 Mati en medio del festejo con amigos se abrió paso entre ellos y se arrodilló mostrando el anillo no pude resistir ¡¡y respondí sí!! a su pregunta. ¿Cómo no hacerlo? Él tenía ese don de crear magia en un instante.

Fue soñado el momento...y como vos bien sabés no hay historia sin canción, él había dado coordenadas a un amigo para que sonara *Take my breath away* de Berlin cuando hizo la propuesta.

Además de darme el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida me dijo *"nos vamos a casar el año que viene, el 24/11 así jamás olvido el aniversario ya que al día siguiente es tu cumple"* hasta en eso pensó!

Y así lo hicimos ese sábado 24/11/2018, fue como un cuento de hadas. Trasladamos la ceremonia religiosa a la quinta donde sería la fiesta, y después de la bendición explotaron los fuegos artificiales y se iluminó el cielo,

como en la mejor de las películas románticas.

Era muchísimo más de lo que jamás había imaginado. Y vivimos felices, como ya lo veníamos haciendo, durante 7 meses después de casarnos.

Llegó el invierno de 2019 y Mati empezó con lo que parecía ser un fuerte estado gripal. Él era un tipo super sano, tenía 37 años y ninguna enfermedad de base. El 19/06 fue al sanatorio porque tenía dificultad para respirar, lo medicaron y lo mandaron a casa con el diagnóstico de bronquitis severa. Parecía tener una leve mejoría esa tarde. Lo dejé haciendo reposo cuando yo tuve que ir al ginecólogo ya que hacía unos días me había operado para poder quedar embarazada. Él habló por teléfono esa noche con mi suegra para darle tranquilidad ya que se sentía mejor.

Al día siguiente, 20/06/2019, feriado por el día de la bandera, se despertó y se sentó en la cama asustadísimo y me dijo no puedo respirar. Bajó a ducharse mientras yo llamaba al médico. Un segundo después escuché un golpe tremendo y salí corriendo al baño, él se había desmayado y me decía *"bebu por favor ayudame"*. Jamás había visto esa expresión de terror en su rostro. La ambulancia, cuatro en realidad, llegaron 9 minutos después de mi llamado. Yo nunca dimensioné que había fallecido ahí. Lo que vino después fue intento de reanimación por parte de los 10 o 12 médicos que llegaron esa mañana helada a mi casa.

Yo pensaba que estaba inconsciente nada más. Hasta que

escucho un *"bueno ya está"* y le pregunté a la médica a qué clínica lo trasladarían, así podía pedirle a un amigo vecino que lo acompañe, ya que yo aún ni me había podido sacar el pijama.

"Él está fallecido" sentenció la médica y ahí se me paralizó el mundo. Entré en un limbo en el cual no entendía nada de lo que pasaba, todavía hoy me cuesta y es como si me viera desde otro lado, lejos, mirando toda la desgracia.

Aún no sé las causas por las que falleció mi marido, estoy en instancias previas al juicio por mala praxis contra el sanatorio y el médico que lo vio ese día previo. Según médicos consultados por mi abogado para saber si el reclamo era viable, en la radiografía que le hicieron se ve una lesión cardíaca de vieja data y problemas en un pulmón que no fueron detectados en esa consulta. Él jamás había tenido previamente síntoma alguno.

Faltan apenas unos minutos para que sea mi cumpleaños 39 y quería compartir mi historia con vos. Hoy 24/11/2020 el día que hubiera cumplido dos años de casada. Aún hoy no puedo decir yo pude porque tengo el alma y el corazón destrozados y miles de preguntas sin respuesta.

Pero tengo esperanzas, porque vos y otras tantas sí pudieron.



A menos de 3 meses de la muerte de Martín hice un fiestón. Tiré la casa por la ventana, nivel le pregunté al dueño anterior de la casa si el deck del patio iba a aguantar el peso de unas 50 personas. Me compré un vestido con lentejuelas, me preparé con maquilladora y peinadora. Pinté una libélula enorme en la pared, mandé a plotear libélulas que pegué en los vidrios, en los vasos, en las jarras junto a mensajes como #BeStrong y #DreamOn. Llené todo de lucecitas y globos, alquilé un gazebo, unas letras que decían SHE. Contraté cerveza tirada, tragos, pizza libre. Alquilé una barra y unos puffs de leds de colores. Mi cuñado hizo de DJ. Cuando digo fiestón, no exagero. Un festejo como el que jamás había hecho antes.

Pero los pongo primero en situación: estaba al inicio del duelo. Si el duelo es un túnel de oscuridad estaba en el rincón más oscuro, la mayor parte del tiempo sola, enroscada en posición fetal llorando. Sin ganas de hablar con nadie, sin ganas de hacer nada. Apenas dejaba entrar a mi hermana a tomar mate un rato. Comía mal, dormía mal. No podía estar sin llorar más que unos minutos. No podía conectar con la gente. Era imposible para mí sostener una charla. Sentía que mi cuerpo estaba vivo pero mi mente y sobre todo mi corazón, no. En ese contexto decido hacer ese fiestón. Claramente, una locura.

En principio decido hacerlo porque Mar me cuenta que soñó con Martín que le decía que yo tenía que hacer esa fiesta. Así empecé con la decoración y a medida que

avanzaba en los preparativos, me embalaba y sumaba más cosas. Iba a invitar a todos los que entraran en la casa y rodearme de amor. No sólo porque era lo que él quería, sino porque también lo quería yo. Había aprendido que nunca se sabe cuál va a ser tu último cumpleaños.

Fue una fiesta inolvidable. Alegre y triste a la vez. Bailamos, nos emborrachamos, cantamos a los gritos: Tirá, tirá para arriba, tirá. Hubo abrazos con lágrimas. Cada uno escribió un mensaje de despedida en unos globos de helio que lanzamos al cielo con el tema de Bowie. Antes de irse se llevaban de una piñata con forma de pajarito de Twitter una tarjeta con un tuit de Martín.

Entendí que la tristeza de vivir sin Martín no se iba a ir así como así, pero aún así tenía que seguir viviendo. Ahora sé que probablemente ese hueco en mi corazón no se vaya nunca. Lo que no quita que pueda (y deba) crearme momentos felices, reírme, bailar, cantar a los gritos, festejar. Amar. Tirar para arriba.

Una botella de Gatorade

Hoy se cumplió un mes de la partida de mi viejo y fui al cementerio. En este mes habré ido tres veces y las tres veces había una botella de *Gatorade* vacía en el piso en la tumba de al lado.

Hoy le hablé en voz alta. Mientras le hablaba se levantó un viento que hizo rodar la botella y pegarme en los pies. Al instante me acordé de todas las veces que vi con mi viejo "*Ghost la fuerza del amor*". En la película hay una escena donde el protagonista se encuentra con otro espíritu y le enseña a patear latas o mover objetos. Mi viejo siempre en esa escena decía que debería estar bueno poder hacer eso siendo espíritu y se reía mucho.

Te juro que la botella me golpeó, me empecé a reír mucho y a decirle que qué rápido que había aprendido. La botella se volvió a mover (obviamente se producía viento para que se mueva) pero lo loco es que fue dos veces para un lado y después volvió hacia mí. Todo eso en menos de un minuto.

Fue muy flashero, imagínate el contexto, todo esto en los pies de la tumba de mi viejo en pleno cementerio.

Construir desde los escombros

En el verano del 2003 conozco a Facu, ambos estábamos de novios desde hacía 8 años con sus respectivos novios. Ese día empecé a creer en el amor a primera vista, me enamoré perdidamente. Él se iba por trabajo a África y yo de vacaciones a Brasil, así que nos vimos una sola vez. Nos mandábamos emails y hacíamos llamadas por video con Messenger. Después de 8 meses volvió y no sabés lo que fue, porque desde ese día nunca más nos despegamos.

En el 2007 nació Valentina, la esperamos con mucho amor y el sueño de él era tener otro hijo pero no venía. En enero del 2016 nació Caetano. Fue una alegría enorme porque sentíamos que éramos la familia feliz. Ya nada necesitábamos más que tenernos los cuatro.

Entonces llegó el golpe: le detectan cáncer pulmonar. Fuimos a miles de lugares, buscando el milagro. Es una enfermedad muy cruel pero una siempre tiene esperanzas. Hasta que un día yo sentí que él bajó los brazos. Ahí fue cuando muy adentro mío supe que se iba a morir. Facu muere cuando Valen tenía 9 años y Caetano año y medio. Él era sostén de familia, tenía un negocio de catering que solo él manejaba porque era quien cocinaba, organizaba, y era el único que sabía todo. Como durante su enfermedad yo me tuve que ocupar de él, el negocio lamentablemente se fundió. Traté de levantarlo pero no hubo manera.

Después de su muerte a los 3 días tuve que hacer un

cumpleaños de 15 que ya estaba pago. Llovía a cántaros, y yo sola tuve que lidiar con el personal, proveedores, timing. Fue muy duro ver entrar al papá y a la nena a esa fiesta porque se me venían imágenes del cumple que siempre soñábamos para nuestra hija. Él decía que le iba hacer una mega fiesta.

Después de eso tuve que ir hablar al colegio porque no lo podía pagar. Al mes conseguí trabajo con un amigo de él que alquilaba mobiliario para eventos. Ganaba poco, no me alcanzaba para nada prácticamente. A los dos meses yendo a trabajar se me incendia el auto. Como era viejito nunca lo había podido asegurar contra incendios, así que lo perdí. Seguido a eso se me rompe la compu y perdí todas nuestras fotos.

Parecería que con él se iba todo lo que nos rodeaba. Un día empecé a gritar, a putearlo. Lloré, patalié. ¡Cómo podía estar pasándome algo así! *Volvé, me dejaste con todo esto sola. ¿Por qué? Llevame con vos. Vení a buscarme. No quiero esta vida.* Esas fueron algunas de mis palabras.

Pasó el tiempo. Después de llorar todos los días camino al trabajo deseando mi otra vida, un día dije: *No puedo darle esta vida a mis hijos. Tengo que crear una nueva.* Ese domingo nos fuimos en colectivo, viajamos casi 2 hs al museo de Ciencias Naturales. Así empecé a programar los fines de semana con lo que estaba a mi alcance. Comencé a disfrutar de estar sola. Este verano 2020 fueron las primeras vacaciones solos y las amé. La pasamos súper bien. Tardé dos años en poder sentarme afuera en el patio a tomar mate y disfrutarlo,

pero lo logré. Cambié de trabajo, volví a mi rubro de Telecomunicaciones que fue cuando lo conocí a Facu.

Es como si estás en un juego y te sale la carta de retroceder. Bueno, yo sentí que tuve que ir para atrás. Solo que la experiencia, el amor y los años vividos a su lado nadie me los quita.

Extraño trabajar juntos, mirar películas, salir a la ruta, extraño lo mates y las charlas de madrugada, o a la mañana temprano cuando venía con facturas o un Mc Donald's...

Muchas veces lo sueño, muchas otras me da señales como plumitas, o su perfume, un bello cielo, alguna mariposa o colibrí. Lo encuentro en todas partes, en alguna canción que nos gustaba.

Hoy hace 3 años que partió, lo extraño cada día más pero lo voy superando día a día. Logré volver a tener ganas de ser feliz, de reconstruir mi vida que se desmoronó por completo, volver a soñar, empecé terapia hace unos meses, eso me ayudó. No es fácil pero se puede.



2006 fue un antes y después en mi vida. En enero me descubren cáncer de mama, operación y comienzo los tratamientos. Febrero internan a mi madre, los médicos no se ponían de acuerdo con lo que tenía. Fallece el 28 de marzo. En el interín internan a mi padre con dolencias que ya tenía hace tiempo. En abril lo mandan para la casa y el 2 de octubre fallece. Cuando nos avisaron del sanatorio dije en voz alta, nos quedamos solos, mi hermano me dijo no seas boluda.

Yo seguía con mi tratamiento y tenía necesidad de ir al cementerio una o más veces a la semana. Pasaba horas hablando sola, llorando. Perdía la noción del tiempo y los cuidadores, que ya me conocían, me venían a avisar que iban a cerrar.

Había vivido todo ese huracán y durante ese tiempo me mantuve, me sentí como en un precipicio donde me agarraba con las uñas de las paredes para no caer.

Tuve que recurrir a un psiquiatra que me dijo que estaba atravesando 3 duelos juntos, 2 muertes y una enfermedad.

Me hacía bien ir al cementerio, a pesar de que salía con la cara deformada de llorar, en el fondo me daba paz.

Un día se acercaba la hora del cierre e intenté irme antes de que me vinieran a echar. El primer intento fue fallido, me alejé del panteón y a mitad de camino me dí vuelta y volví. No quería que viniera la guardia, ni

que me conocieran como la loca del 1247 (el número del panteón). Respiré hondo y me dije: *Andate*. Caminé hasta donde había pegado la vuelta la vez anterior y volví a mirar el panteón, llorando como siempre.

Entonces lo ví: habían dos gorriones sobre la tapa disfrutando de los últimos rayos de sol que daban sobre él. Tal vez los gorriones siempre hacían eso, pero yo sentí dentro mío que me querían decir que ellos estaban bien y que me fuera tranquila. Me quedé un rato viéndolos y finalmente me fuí.

Sentí el mensaje.

Cajita musical

La cajita musical que me regaló mi mamá sonó durante media hora, sin haberle dado cuerda. Estaba en la habitación que teníamos planeada que iba a ser del bebé algún día.

Nunca antes ni después volvió a suceder.

Estaba embarazada, pero no lo sabía. Me enteré días después.

Syrius

Mi amiga del alma, madrina de mi hija, falleció repentinamente el 29 de febrero de este año.

Ella bailaba folklore. Y siempre siempre nos envía señales. La última fue en un sueño. Apareció, le pregunté cómo estaba y me dijo que "creía que bien, que se estaba adaptando al nuevo lugar" o algo así. Después bailaba en la cocina de mi casa de la infancia, mientras mi mamá preparaba té. Y desaparecía. Yo la llamaba, salía al patio, era de noche y en el cielo giraban colores brillantes.

Me desperté con un nombre "Syrius". Miré a la ventana y se veía el brillo de una estrella que entraba por una hendidura de la persiana. Eran como las 5 am. Syrius. No sabía el significado. Nunca lo escuché. Enseguida agarré el celu y lo busqué. Syrius es la estrella más brillante del cielo. Una estrella mágica.

Ahora para mí es una estrella que baila una zamba en el cielo.

Mi nombre es Maura, hace tiempo estoy con ganas de escribir mi historia y no se me vienen las palabras, le pido señales a Lu, mi hermana menor, todo el tiempo. Ella falleció en el 2018 después de lucharla como una guerrera durante 4 años. Tenía 31 y nos dejó a Olí, mi hermosa ahijada de 5 años en ese entonces. Mi nena tenía 6 en aquel momento. Y Lu es su madrina. Ese era nuestro vínculo, siempre juntas, hermanas, amigas, confidentes, compañeras. Ella era mi mitad. Por aquellos días sentí morirme con ella.

En agosto de 2018 entró a quirófano y salió mal la operación, estuvo en coma un mes y medio, después empezó a mejorar pero al poco tiempo decayó otra vez. Y el 30 de noviembre trascendió. Lo digo así, porque con el tiempo fui descubriendo que ella sigue acá. Que la muerte es solo física. Las dos siempre amamos a las mariposas porque ellas dejan de ser orugas para transformarse en algo mucho más hermoso. Las dos sentíamos que cada vez que veíamos una era papá que venía a visitarnos.

Ya habíamos dicho q después de su operación íbamos a ir a tatuarnos. Pero a las 2 semanas de su partida lo hice sin ella, me tatue una mariposa en su honor.

El 30 de diciembre, a un mes de su partida, esos días fueron terriblemente difíciles, era la primera navidad y Año Nuevo sin ella. me levanto a la mañana y abro la puerta del patio. Justo adelante de mis pies veo una mariposa en el piso, sin vida. Perfectamente posada,

como si alguien la hubiera puesto ahí para que yo la viera. Empecé a llorar y reír como loca. La sentí a Lu tan presente. Lo sentí como una señal, y me alivió muchísimo.

Yo me tatué una mariposa y ella me mando la suya para que vea que ella sigue acá.

Durante todo este tiempo tuve señales así, también por intermedio de otras personas, me empezaron a llegar fotos y cosas de mariposas de todos lados.

Hablo con ella antes de dormir y le pido que me mande un mensaje a través de la gente y siempre algo me llega. Casualmente eso me sucedió con tu posteo. Yo estaba tomando sol y de golpe veo una libélula que sube y baja en la pileta, mojándose en el agua, como bailando para mí y pensé, que raro, no está anunciado lluvia. Ahí quedó, seguí tomando sol. Al rato de eso, me voy a la sombra y entro en Instagram y lo primero que me aparece es tu publicación, una que hablaba de la señal de las cápsulas de café, y automáticamente empecé a moquear y ahí entendí. Yo sabía lo de tus señales con las libélulas pero te juro que en ese momento no relacioné nada. Recién ayer me cayó la ficha!

Como decíamos siempre con Lu, EL AMOR TODO LO PUEDE y aunque no los veamos ellos están.

EL AMOR es más fuerte y sin dudas trasciende dimensiones.

Mi abuelo fue una persona muy especial para mí. Él hablaba poco, era bastante tosco, pero a su manera siempre me demostraba amor. Se encargaba de que estuvieran las frutas que me gustaban. Se pasaba horas mirándome cada vez que yo decía el famoso Mirá lo que hago, mirá esto y mirá esto otro; que a los padres tanto abruma, pero que a él no parecía cansarle.

Cuando tenía ocho años él falleció y a los once mis papás se separaron. Me sentí muy desamparada y hablaba mucho con él, sentía que de alguna forma, aunque no lo podía ver, él me escuchaba. Y que me cuidaba.

Muchos años después cuando estaba en la facultad volví a tener esa sensación de sentirlo cerca.

En la facu conocí a una chica, estudiábamos juntas pero no sabíamos mucho de la vida de cada una. Un día ella me llama y me dice: Tengo que contarte algo rarísimo que me pasó. Soñé con vos, bah con un mensaje para vos. Yo estaba como en una pradera, llena de flores y había un señor mayor que me decía que te diga que te quedes tranquila, que todo va a estar bien, que él siempre estará cuidándote.

Fue muy raro, porque ella ni sabía de quién estaba hablando, no conocía a mi familia.

Tiempo después la invito a casa y cuando entra a mi habitación, se queda dura y me dice:

—Estas mismas flores eran las de mi sueño.

Mi habitación tenía tooodas las paredes empapeladas con un papel floreado.

—Y el señor era ese de la foto. —me dice señalando el único portarretratos que tenía con una foto de mi abuelo.

Sticker

Mi abuela, que fue como mi segunda mamá, falleció hace ya casi 4 años.

Hasta hace unas semanas vivía en su casa y buscando telas para poder retapizar una silla que me había roto el perro encontré un sticker viejo, los que hace mucho se usaban para las fotos. Ella los usaba mucho. Este decía:

Los extraño.

Jazmín

Mi papá falleció hace cuatro años. En su casa había una planta de jazmín que desde que murió florece para el cumpleaños de mamá.

En Roca hace 3 años compré un jazmín. Nunca dio una sola flor hasta este año, que salió un jazmín el día de mi cumpleaños.

Supe que era mi papá.

El 22/12/2020 perdí a mi madrina, la hermana de mi papá. Coincidió justo con el día en el que rendí mi última materia y me convertí en profesional. Mi madrina fallece por cáncer, fue cuestión de unos meses. La última vez que la ví fue el sábado anterior a que nos dejara, yo rendía el martes entonces le dije “esperame al martes así me ves recibida.” Así fue, ella llegó al martes, se nos fue ese martes 22 aproximadamente a las 00.40

Esa mañana, antes de rendir fui al velorio y por supuesto que por la situación epidemiológica actual sólo le dejaron visitar el cajón a los más cercanos. Así que me limité a saludar y abrazar muy fuerte a mis primos y a mi tío, quienes habían perdido a una madre y a una compañera de vida. Me volví a casa, rendí, aprobé, me convertí en profesional pero con un vacío que no se puede explicar. No tenía planeado volver al velorio hasta que llegó mi mamá y me pidió por favor que la acerque. Nos subimos al auto y la dejé, pero demoré un rato en salir del lugar donde me estacioné porque los autos no me dejaban pasar. Finalmente, cuando logro salir, levanto la cabeza y al frente mío salió de la funeraria el coche con el ataúd de mi madrina adentro. Ella estaba ahí, justo en el auto de enfrente. Rompí en llanto como nunca, hasta que recordé: “esperame así me ves recibida”, le dije días antes. Es una coincidencia que me encanta creer que no es coincidencia para nada.

Esa noche, a pesar de la tristeza decidí salir a un bar para festejar mi logro. En la mesa de al lado se recibía otra

chica, alguien que nunca vi en mi vida. La felicité por el mérito y ella a mí. Para saludarla le dije felicitaciones... ¡Bioquímica!, me respondió. Y ahí silencio, no pude seguir hablando, te imaginarás que era mi madrina. Si, bioquímica.

Por otro lado, ayer fue mi cumpleaños. Ya era tradición que mi madrina me buscara todos los 31 y me sacara a merendar. Era una parte del día que me encantaba, me hablaba a la mañana y coordinábamos horario, yo la esperaba ansiosa. Resulta que en mi habitación tengo pegadas en la pared unas decoraciones que ella me había hecho para mi cumpleaños de 15, la casa quedó hermosa ese día. Ahí están esas decoraciones de papel crep, pegadas en mi pieza hace seis años. La noche del 31 me dormí pensando en que la tenía que dejar de esperar, que no iba a venir, que ya está. A la mañana siguiente me desperté y una de las flores de crep se había caído. Seis años hace que están firmes en la pared, y anoche, justo anoche una se desprendió. Entendí que no es que no va a venir, que no vino, que no está más. Entendí que si está, que siempre está. Que en cada recuerdo, en cada objeto y en cada situación que nos haga pensar en ella, ahí está. Que mientras la pensemos como la hermosa mujer que siempre fue, acá va a estar. En cada cosa, en cada uno, ella siempre va a estar.

A mis primos, que tienen una fortaleza que solo su mamá les pudo haber enseñado.

Si te gustó este ebook y te dan ganas de escribirme,
si querés compartirme una señal y/o tu historia de duelo, podés
encontrarme vía Twitter o Instagram en @saycheesetolife

GiselleMazzeo.com
#HistoriasQueInspiran

